

VIII.

Rejuvenecimiento.

El Ministro y su mujer acababan de almorzar en el comedor del primer piso, salon tan majestuoso y tan grande que no bastaban á calentarlo ni lo espeso de los tapices, ni los caloríferos de todo el palacio, ni siquiera los vapores de una abundante comida. Casualmente aquella mañana estaban solos. Entre los postres, que siempre son muy variados en una mesa meridional, habia una caja de cigarros, una taza de verbena, que es el té de los provenzales, y ademas otra caja con grandes casilleros, donde estaban hacinadas las fichas multicolores, en las que estaban inscritos los nombres de los senadores, diputados, rectores, profesores, académicos, simples particulares, en fin, la clientela ordinaria y extraordinaria de los saraos ministeriales. Entre los cartones descollaban algunos correspondientes á los diputados privilegiados, indispensables en la primera *soirée* de reuniones íntimas. Madama Roumestan los revolvia, deteniéndose en ciertos nombres, vigilada por Numa, que miraba la operacion con el rabillo del ojo, mientras escogia sus cigarros, buscando en la tranquila fisonomia de su esposa un gesto de desaprobacion, que nada tendria de extraño, por el modo un poco aventurado con que siempre se hacen las primeras invitaciones. Pero Rosalía no preguntaba nada: todos aquellos preparativos le eran indiferentes.

Desde su instalacion en el Ministerio, parecia estar más separada que ántes de su marido, por las obligaciones incessantes, por un personal demasiado numeroso, por una anchura de existencia que dificultaba el recogimiento y la intimidad. A todo esto se agregaba el sentimiento siempre penoso de no tener hijos, de no oír en torno de ella los pasos infatigables, las risas infantiles que hubieran quitado á su comedor el glacial aspecto de una mesa de fonda, á la que parecia que sólo de paso se sentaban, con la impersonalidad de la ropa de mesa, de la vajilla, de los muebles, de todo el suntuoso aparato de las situaciones públicas.

El silencio embarazoso que reinaba en el vasto comedor, al acabar el almuerzo, era interrumpido por sonidos ahogados, soplos de armonía cortados por el ruido de los martillazos dados en la estrada que construian en el patio para la fiesta de aquella noche, mientras los músicos ensayaban las piezas que habian de tocar. Abrióse la puerta y entró el Jefe del Gabinete, con papeles en la mano.

—¡ Más peticiones!..... exclamó Roumestan incomodado. ¡Basta, ¡basta! Ni para el Papa tengo ya un empleo que dar.

Mejean, sin commoverse, puso delante de él una porcion de cartas y de billetes perfumados, diciéndole:

—Dificil será que rehuseis, porque habeis prometido.....

—¿ Yo?..... Si no he hablado con nadie.....

—No, ¿ eh?..... Pues ved esto..... « Mi querido Ministro: estas líneas tienen por objeto recordaros la palabra que me disteis.....» Oid esta. ... « El General me ha dicho que habiais tenido á bien ofrecerle.....» Aun no he concluido..... « Recuerde al señor Ministro su promesa.....»

—Vamos, yo estoy sonámbulo, dijo Roumestan estupefacto.

La verdad era que, apenas decidido á llevar á cabo la fiesta

en el Ministerio, él había dicho á cuantas personas encontraba en el Congreso ó en el Senado: «Ya sabéis que cuento con vos para el día diez....» Y como añadía: «Será una reunion de íntimos....», nadie olvidó tan halagadora invitacion.

Contrariado de verse cogido *in fraganti* delito delante de su mujer, la pegó con ella, segun costumbre en tales casos.

—Tambien tu hermana con su tamborilero..... ; Qué necesidad tenia yo de todo ese tintin, tonton?..... Yo no me proponia inaugurar tan pronto los conciertos; pero esa chiquilla estaba tan impaciente, que no cesaba de repetir: «No, no, de seguida, de seguida....» Y tú no tenias ménos prisa que ella.... ¡El diablo me lleve si ese tamborilero no os ha vuelto á todas la cabeza!

—Lo que es á mí, no; dijo Rosalía sonriendo.... Lo que tengo es miedo de que esa música exótica no la comprendan los parisienses.... Seria necesario traer con ella los horizontes provenzales, los vestidos, las farándulas.... Pero ante todo.... y su voz tomaba entonacion más grave.... «se trata de cumplir la palabra empeñada.»

—¡La palabra empeñada! ¡la palabra empeñada! repetia Numa: pronto no se podrá hablar una palabra.

Volvióse entónces á su secretario, porque necesitaba desahogarse con algúien, y añadió:

—Por supuesto, querido, todos los meridionales no son como vos, frios y mesurados, avaros de palabra.... Vos sois un falso meridional, un renegado, un franchute, como dicen allá abajo; pero meridional.... ; cá! ; Un hombre que nunca ha mentido, ni toma verbena! añadió con cómica indignacion.

Mejean, sin abandonar su calma, respondió á su amigo:

—No tan franchute como parezco, señor Ministro... A mi llegada á Paris, hace veinte años, yo era como todos los meridionales.... mucho aplomo, mucho acento, muchos gestos.... hablador é imaginativo como...

—Como Bompard.... dijo Roumestan por lo bajo: pues aunque no le agradaba que se burlase del amigo de su corazon, él no dejaba de hacerlo.

—Sí, á fe mía, yo era casi como Bompard.... el instinto me llevaba á no decir nunca palabra de verdad.... Una mañana me avergoncé y procuré corregirme.... Bajando la voz y los codos se corrige la exageracion exterior; pero no así la interior, que hierve y quiere salir... Entónces tomé un partido heroico. Cuando me sorprendia á mi mismo largando una mentira, me condenaba á no hablar más en todo el día.... Así pude reformar mi naturaleza.... Mas, sin embargo, el instinto está aqui, en el fondo de mi silencio y de mi aparente frialdad.... Algunas veces tengo que detenerme en medio de una frase, no porque me falten palabras, sino porque me sobran.... Me detengo porque veo que voy á mentir.

—¡Terrible Mediodía! No hay medio de escapar de él.... —dijo el bueno de Numa dirigiendo hácia el techo la bocanada de humo de su cigarro, con un gesto que revelaba la más filosófica resignacion....—Á mi me tiene cogido sobre todo por la manía de prometer, por este afan de querer hacer feliz á la gente á su pesar.

El ujier de servicio lo interrumpió diciendo, con aire confidencial y sobreentendido, desde el dintel de la puerta: «Bechut ha llegado....»

El Ministro hizo un gesto de mal humor, y dijo:

—Estoy almorzando.... ; que me dejen en paz!

El ujier se excusó, añadiendo: «Monsieur Bechut creia que era Su Excelencia quien lo llamaba.»

Roumestan se ablandó mucho al oír esto, y respondió:

—Bien, bien; ya voy.... Que espere en mi gabinete.

—No puede ser, dijo Mejean.... Vuestro gabinete está ocupado.... por el Consejo superior; demasiado lo sabéis.... Vos mismo habeis fijado la hora.

—Entónces, en el despacho de monsieur Lappaza....

—He hecho entrar en él al Obispo de Zulle—dijo tímidamente el ujier—porque el señor Ministro me había dicho....

En todas las habitaciones había gente, porque el Ministro había dicho en confidencia á cuantos encontraba que fueran á verle á aquella hora si querían verle, y la mayor parte eran personas notables, á quienes no se les puede dejar en la antesala como á cualquier ganapan.

—Dispon de mi saloncito, puesto que voy á salir—dijo Rosalia levantándose.

Miéntras que el ujier y el secretario iban á instalar á los pretendientes ó á hacerles tener paciencia, el Ministro bebía rápidamente su verbena y se quemaba, repitiendo:

—Estoy desbordado.... desbordado....

—¿Qué es lo que quiere todavía ese triste personaje?—dijo Rosalia, refiriéndose á monsieur Bechut, bajando la voz, porque detras de cada puerta había un extraño.

—¿Qué quiere?.... su Direccion.... Es el tiburón de Dansaert.... Espera que se lo arrojen por la borda para devorarlo.

Ella se acercó rápidamente á su marido y le dijo:

—Monsieur Dansaert sale del Ministerio?

—¿Le conoces?

—Mi padre me hablaba de él con frecuencia.... es un compatriota, un amigo de infancia.... Él lo tiene por hombre honrado y de mucho talento.

Roumestan balbuceó algunas palabras.... «Malas tendencias.... volteriano....» Su salida entraba en un plan de reformas, y además está muy viejo.

—¿Y vas á poner á ese Bechut en su lugar?

—¡Oh! Ya sé yo que ese pobre hombre no tiene el dón de agradar á las señoras....

Ella se sonrió desdeñosamente y dijo:

—No me preocupan más sus impertinencias que sus ho-

menajes.... Lo que no le perdono son sus farsas clericales; esa ostentacion de religiosidad.... Yo respeto todas las convicciones, todas las creencias.... Pero si hay en el mundo algo repugnante que deba odiarse, Numa, es la falsedad, es la hipocresía.

Á pesar suyo, la voz de la jóven se elevaba con calor, con elocuencia; su faz, un poco fría, tomaba un resplandor de honradez, de rectitud; el brillo de la indignacion generosa.

—¡Silencio, silencio!—dijo Roumestan, señalando á la puerta. Sin duda reconocía que no era muy justo con el viejo Dansaert, que prestaba grandes servicios en su puesto. ¿Pero qué hacer? Había dado ya su palabra....

—Pues recógela—dijo Rosalia....—Vamos, Numa... hazlo por mí.... te lo suplico.

Era aquella órden tan tierna y tan oportunamente apoyada por la presion de una manecita sobre el hombro del Ministro, que Su Excelencia se conmovió. Hacía mucho tiempo que su mujer parecía mirar con indiferencia la vida, contentándose con ser indulgente cuando él le confiaba sus proyectos, que modificaba sin cesar, y aquella peticion le sedujo.

—¿Qué se os puede negar, querida mía? Y así diciendo, cogióle la mano y le besó la punta de los dedos; ¡qué lindo brazo tenía!.... No obstante, la obligacion de decir cara á cara, á quien quiera que fuese, algo desagradable costaba mucho á Numa, quien hizo un esfuerzo y se levantó.

—Cuidado que yo estaré allí, detras de la puerta.... añadió Rosalia en són de amenaza haciendo un gracioso gesto.

Él entró en la salita inmediata, dejando entornada la puerta para infundirse valor con la idea de que ella lo escuchaba; y en efecto, la introduccion fué categórica, enérgica.

—Estoy desesperado, querido Bechut.... Lo que yo queria hacer por vos es imposible....

De las respuestas del sabio no se oía más que la entonacion

lloricon, suplicante, entrecortada con los ruidosos resoplidos de su hocico de huron; pero, con gran sorpresa de Rosalía, Roumestan no cedió; continuó defendiendo á Dansaert con una convicción sorprendente en hombre á quien los argumentos acababan de serle sugeridos. Sin duda le era penoso el retirar la palabra dada; mas ¿no era esto mejor que cometer una injusticia?

Era el pensamiento de su mujer modelado, puesto en música y ejecutado con grandes gestos y conmociones, que hacían ondular los tapices de la sala.

—Por lo demás, añadía, cambiando bruscamente de tono, yo espero indemnizaros de este pequeño contratiempo.

—¡Ah, Dios mio.....! —murmuró Rosalía.

Una vez soltada la válvula, aquello fué un torrente de promesas estupendas: ofrecióle la cruz de Comendador de la Legion de Honor para el día de Año Nuevo, y la primera plaza que vacara en el Consejo superior, la..... la..... El otro procuraba protestar, aunque sólo por la forma..... —¡Pero, Numa, eso es demasiado!

—Dejadme hacer, dejadme hacer..... Es un acto de justicia..... Los hombres como vos son muy raros.

Embriagado de benevolencia, balbuciente de afecto, si Bechut no se hubiera ido, el Ministro hubiera acabado positivamente por ofrecerle su propia cartera. Ya estaba el pretendiente en la puerta, y aún oía al Ministro que le repetía:

—Cuento con vos para el domingo, mi querido maestro..... Voy á inaugurar una serie de reuniones de confianza..... entre los íntimos, ya sabeis.....

Y volviéndose hácia donde estaba Rosalía, añadió:

—¡Y bien! ¿qué dices ahora?..... Ya ves que no he cedido en nada.

Era tan cómico todo aquello, que ella le respondió con una carcajada; pero cuando él supo el por qué de aquella aco-

gida, y todos los nuevos compromisos que acababa de echar sobre sí, pareció espantarse, y ella, para tranquilizarle, le decía:

—Vamos, vamos..... De todas maneras se os agradece lo que habeis hecho. Y en seguida se retiró con la dulce sonrisa de otros tiempos, satisfecha de su buena acción, contenta acaso también de sentir agitarse en su corazón algo que creía extinguido hacía ya mucho tiempo.

«¡Angel mio!» pensaba Roumestan enternecido viéndola irse, á tiempo que entraba Mejean diciéndole que el Consejo le esperaba.

—Ya veis, amigo mio, que cuando se tiene la felicidad de poseer como mujer aquella..... El matrimonio hace de la tierra un paraíso..... Casaos en seguida.»

Mejean meneó la cabeza y no respondió.

—¿Cómo! ¿Acaso nuestros asuntos no van bien?

—Mucho lo temo. Madama Roumestan me había prometido hablar á su hermana; pero no me dice palabra y temo.....

—¿Quereis que yo me encargue? Yo me entiendo muy bien con mi cuñadita, y apuesto á que la decido.....

Aun quedaba verbena en la tetera, y sirviéndose una taza de ella, Roumestan hacía mil protestas al jefe de su gabinete. Su elevación no lo había cambiado en nada. Mejean continuaba siendo su excelente, su mejor amigo. Colocado entre Rosalía y Mejean, él se encontraba más sólido..... más completo.....

—¡Ah, amigo mio! ¡esta mujer, esta mujer!..... ¡Si supierais qué amable ha estado, cómo me lo perdona todo!..... ¡Cuando pienso que he podido.....

Sin duda le costó un esfuerzo el no hacer á su secretario la confidencia que se le venía á los labios con un hondo suspiro. «¡Si no la amara sería muy culpable!»

El Baron de Lappaza entró en aquel momento con paso rápido y aire misterioso.

—La señorita Bachellery está ahí.

Al oír esto se colorearon vivamente las mejillas de Numa. Un relámpago secó en sus ojos el desbordante enternecimiento, y lleno de emoción dijo á Lapaza:

—¿Dónde está?... ¿en vuestro despacho?

—Ya tenía allí á monsieur Lipmanne....—dijo el Baron en tono algo sarcástico por la idea de que pudieran encontrarse la señorita y el prelado. La he metido allá abajo.... en el gran salon.... El ensayo ha concluido.

—Muy bien, allá voy.

—No olvidéis que el Consejo espera, dijo Mejean; pero Roumestan, sin oírle, se precipitó por la escalerilla que conduce á las habitaciones particulares del Ministro, en el piso bajo del palacio.

Desde la aventura de madama de Esparbés, Numa había procurado huir de compromisos serios, amorios de corazón ó de vanidad, que hubieran podido destruir para siempre la paz del hogar doméstico. No era sin duda un marido modelo; pero no quería romper el contrato matrimonial, que estaba ya agujereado como una criba. Aunque advertida la primera vez, Rosalía era demasiado recta y honrada para entregarse al espionaje de los celos, y aunque llena de inquietud, no buscaba las pruebas. En cuanto á él, si hubiera podido sospechar las consecuencias que aquel nuevo capricho había de producir en su existencia, se hubiera apresurado á subir la escalera más deprisa que la bajaba; mas parece que nuestro destino se goza siempre en llegar á nosotros embozado y enmascarado, doblando con el misterio el encanto de las primeras citas. ¡Cómo podía Numa desconfiar de aquella mozueta, que desde su coche había visto algunos días ántes atravesando el patio del palacio, á saltitos para no mojarse en los char-

cos, levantando las faldas con una mano con desenvoltura parisiense! Dos grandes cejas arqueadas sobre una nariz desvergonzada; una cabellera rubia anudada por detras á la americana, cuya extremidad rizaba la humedad del aire; una pierna llena, elegante y fina, recta, sobre altos tacones, era todo lo que había visto de ella, preguntándole á Lappaza si la conocía, y con apariencia de no darle grande importancia.

—Apostaría cualquier cosa á que venía á buscaros esa chica, á quien encontré en el patio esta mañana.

—Sí, señor Ministro; venía á mi despacho, mas no por mí, sino por vos.... y se llama la pequeña Bachellery.

—¿Cómo! ¿La que se estrena en los Bufos?... ¿Qué edad tiene? Parece una criatura.

Los periódicos hablaron mucho aquel invierno de Alisa Bachellery, á la que el capricho de un maestro á la moda había buscado en un teatrillo de provincia, y á quien todo Paris quería oír cantar la canción del *Petit Mitron*, porque decía el refran con una gracia canallesca irresistible.... Era una de esas *divas* de las que los teatros del Boulevard consumen media docena cada año; glorias de papel, henchidas de gas á fuerza de reclamos que recuerdan los globillos de colores que no viven más que un día al sol y entre el polvo de los jardines públicos. ¿Y qué iba á solicitar del Ministro? La gracia de figurar en el programa del primer concierto. ¡La Bachellery en el concierto del Ministerio de Instrucción pública!.... A la idea no le faltaba gracia; era tan extravagante, que nunca quiso que ella en persona le hiciera la demanda, y con un besalamano ministerial, que olía á la badana de los guantes del corazón que lo llenaba, le hizo saber que la recibiría al día siguiente; pero la artista no acudió á la cita ministerial.

—Habrá cambiado de idea, dijo Lappaza.... Es una chiquilla. El Ministro se picó; no habló de ella en dos días, y al tercero le mandó buscar.

Ahora ella esperaba en el salon de las fiestas, tapizado de grana y oro, imponente con sus altas ventanas, que daban al jardín; sus tapices de los Gobelinos, y el gran Molière de mármol, sentado en su pedestal, y soñando allá en el fondo. Un Pleyele, algunos pupitres para los ensayos ocupaban apenas un rincón de la extensa sala, cuyo aspecto frío de museo desierto hubiera impresionado á cualquiera otra que no fuera la pequeña Bachellery. ¡ Pero era tan niña! ¿ Pues no se entretenía en resbalar sobre el encerado maderámen del suelo, envuelta en sus pieles, con las manos metidas en el manguito, la nariz al aire bajo su toca, con ademanes de corifea, cual si danzára sobre el hielo en el *Profeta*?

Roumestan la sorprendió haciendo este ejercicio.

— ¡ Ah! señor Ministro.

Quedóse sobrecogida, moviendo las cejas y algo sofocada. Él había entrado con la cabeza erguida y grave ademan, como para hacer notar lo que podía tener de extraña la entrevista y dar una lección á aquella chiquilla, que así plantaba á las excelencias; pero en seguida quedó desarmado. ¿ Qué quería?... Ella explicaba también su negocillo; el ambicioso deseo que había sentido repentinamente de figurar en aquel concierto de que tanto se hablaba, y que era una ocasión favorable para hacerse oír más dignamente que en la opereta, que no había podido resistir á la tentación; mas después, reflexionando, un temor la había sobrecogido....

— ¡ Oh! pero uno de esos temores.... ¿ No es verdad, mamá?

Roumestan se apercibió entónces de que había en el salon una grave dama con manteleta de terciopelo, sombrero con plumas, que se acercaba haciendo reverencias en tres tiempos. La madre de la Bachellery era una artista jubilada de los cafés cantantes, con acento bordelés, con una nariella como la de su hija, ahogada en una caraza pintada y barnizada; en fin, era una de esas mamás terribles, que se apa-

recen al lado de sus hijas, como presagiando el porvenir desastroso que aguarda á su belleza. Numa no estaba en tren de hacer estudios filosóficos, sino atraído por la gracia de aquella juventud aturdida, rebosando en un cuerpo ya formado y de formas adorables, de aquella charla borboteando en una risa infantil é ingenua, risa de los diez y seis años, decían aquellas señoras.

— ¡ Diez y seis años!.... ¿ Pues á qué edad entró en el teatro?

— Nació en él, señor Ministro.... Su padre, hoy retirado, era director de las *Folies Bordelaises*....

— Una chiquilla de la calle, dijo Elisa con frescura, mostrando sus treinta y dos dientes brillantes, perfectamente alineados y rectos, cual soldados en la parada.

— ¡ Alisa! ¡ Alisa!.... Estás faltando á Su Excelencia.

— Dejádla.... Es una niña.

Luégo la hizo sentar en el sofá junto á él, con aire benévolo, casi paternal, cumplimentándola á propósito de su ambición, de sus gustos artísticos, de su deseo de librarse de los triunfos de la opereta, tan fáciles como desastrosos; mas era preciso mucho trabajo, mucho; estudios muy serios....

— ¡ Oh! en cuanto á eso, dijo la niña blandiendo un lío de papeles de música.... Todos los días paso dos horas con la Vauters....

— ¿ La Vauters? Perfectamente.... Excelente método.

El Ministro deslió el papel como á título de conoedor.

— ¿ Y qué es lo que cantamos?... El vals de *Mireille*.... la canción de *Magali*....; pero todo esto es de mi país. Y balanceando la cabeza y medio cerrando los ojos, se puso el Ministro á recitar los siguientes versos:

¡ Oh Magali! Mi bien amada,
Huyamos á la enramada,
A la selva silenciosa....

Ella continuó la copla empezada por el Ministro, diciendo :

La noche tiende su velo,
Y tus bellos ojos.....

Y Roumestan, alzando más la voz, la interrumpió añadiendo :

Harán palidecer las estrellas.

Ella le interrumpió con viveza, y dijo :

— Esperad, esperad..... Mamá nos acompañará.

Apartó los pupitres, abrió el piano, y quieras que no quieras, instaló en él á su madre. ¡ Vaya una niña resuelta!..... El Ministro, que tenía el dedo en la página del duo, vaciló un momento. ¡ Si alguien nos oyera!..... ¡ Bah! Tres dias hace que están ensayando aquí todas las mañanas..... Y comenzaron. Ambos en pié, codo con codo y con la vista en el papel, seguían la música, que madama Bachellery tocaba de memoria, con las frentes casi tocándose y confundidos los hálitos. Numa se apasionaba; acentuaba la expresion; tendía el brazo cuando daba las notas altas, para que salieran más airosas. Desde hacía algunos años que se había dado á la política hablaba más que cantaba, y su voz se había enmohecido y hecho pesada como su persona; pero aún sentía gran placer al cantar, sobre todo con aquella niña.

Entre tanto, habia olvidado completamente al Obispo de Tulle, y el Consejo Superior de Instruccion pública refunfuñaba y se aburría en torno de la gran mesa con tapete verde. Una ó dos veces la pálida figura del ujier de servicio habia aparecido en el dintel de la puerta del gran salon, mas para retroceder asustado al ver al Ministro de Instruccion pública y de Cultos cantando á duo con una actriz de los teatrillos de tres al cuarto. ¡ Ministro! Numa ya no lo era en aquel momento; era Vincent el quinquillero que perseguía á la inconquistable Magali, la coqueta que se trasformaba segun los ca-

prichos de su voluntad. ¡ Qué bien huía, qué bien se escapaba con su infantil malicia, ocultando el brillo de su faz sonrosada y sus blancos dientes, hasta el momento en que, vencida, se entregaba, apoyando su cabecita, loca y aturdida por la carrera, en el hombro de su amigo!.....

La mamá Bachellery deshizo el encanto de la escena volviéndose en cuanto sonó la última nota.

— ¡ Qué voz, señor Ministro, que voz!

— Sí..... Yo canté en mi juventud....., dijo Su Execlencia con cierta entonacion de fatuidad.

— ¡ Ah cantais magnificamente..... ¡ Eh, Bebé, qué diferencia con Mr. de Lappaza!

Bebé, que liaba su papel de música, se encogió de hombros, como significando que verdad tan indiscutible no merecia respuesta.

Roumestan preguntó algo inquieto :

— ¡ Ah! ¿ Monsieur de Lappaza?.....

— Sí; algunas veces va á comer con nosotras la *bouillabaisse*, y despues Bebé y él cantan á duo.....

En aquel momento el ujier, no oyendo ya la música, se decidió á entrar, aunque con no ménos precanciones que las que toma el domador al entrar en una jaula de fieras.....

— Ya voy..... ya voy....., dijo Roumestan; y dirigiéndose á la chiquita, recobrando toda su actitud de ministro para hacerle sentir bien la distancia jerárquica que le separaba de su secretario Lappaza, le dijo :

— Recibid mis felicitaciones, señorita. Teneis mucho talento, mucho; y si os place cantar aquí el domingo, os concedo con gusto este favor.

Al oír esto lanzó ella un grito infantil y exclamó :

— ¿ De véras?..... ¡ Oh, qué bondad!..... Y dando un grito, se colgó al cuello del Ministro.

— ¡ Alisa! ¡ Alisa! gritaba la madre; pero ella estaba ya

léjos, y corría por los salones, en los que parecía tan pequeña, una verdadera criatura alocada.

A él le conmovió profundamente aquella caricia, y esperó algunos momentos ántes de subir al piso principal. Ante él, en el húmedo jardín, se deslizaba sobre la hierba un rayo de sol friolengo, que entibiaba, si no vivificaba, el invierno. Numa sentíase penetrado hasta el corazón por una dulzura semejante, como si aquel cuerpo vivo y ligero, razándose con el suyo, le hubiera comunicado un poco de su calor primaveral. ¡Ah! pensaba él, ¡qué linda es la juventud!.... Miróse maquinalmente á un espejo inspirado por una preocupación que no sentía desde hacía ya muchos años.... ¡Qué cambio, Dios mío!.... Su oficio sedentario le había hecho engordar; las vigiliass habian descolorido sus mejillas; su frente, medio calva y gris, agrandaba la anchura de sus mofletes....

— ¡Si yo dejára crecer la barba para ocultar esta carnaza!.... No sería malo; pero la barba sería blanca.... Sin embargo, apenas contaba cuarenta y cinco años. La política envejece.

Pensó en todo esto durante un minuto: la espantosa tristeza de la mujer que se encuentra vieja al espejo, incapaz de inspirar amor cuando aún puede sentirlo, se reflejó en su semblante. Sus ojos enrojecidos se hincharon, y en aquel palacio del poderoso, esta amargura profundamente humana, que la ambición no podía consolar, tenía aún algo de más amargo.... No obstante, la movilidad de sus impresiones hizo que se consolara pronto pensando en la gloria, en su talento, en su elevada posición. ¿Acaso todo esto no valía tanto como la belleza y la juventud, necesarias para hacerse amar?

Encogióse de hombros, arrojó su pena, que lo entontecía, y subió para despedir al Consejo, porque ya no le quedaba tiempo para presidirlo.

— ¿Qué tenéis hoy, señor Ministro?.... parecéis rejuvenecido.

Más de diez veces, durante el día, oyó repetir este cumplimiento, dirigido á su buen humor, á su verbo, que llamó la atención en los corredores del Congreso, donde él se sorprendía á sí mismo murmurando: « ¡Oh Magali, mi bien amado!... » Sentado en el banco de los Ministros, escuchaba, con atención halagadora para el orador, un interminable discurso sobre los aranceles de Aduana, con los párpados á medio cerrar, sonriendo, en una especie de beato arrobamiento; y las izquierdas, á las que asustaba su reputación de astuto, murmuraban estremeciéndose: « Estrechemos las filas.... Roumestan prepara alguna emboscada.... » Pues todo se reducía á que su imaginación se divertía en evocar en el vacío del discurso susurrante del orador economista el perfil de la pequeña Bachelery, que se imaginaba ver trotando delante del banco ministerial, mostrándole todos sus atractivos, sus rubios cabellos, que hacían destacar su blanca frente y sus actitudes provocadoras de la niña adelantada que empieza á ser mujer.

Sin embargo, al oscurecer sintió todavía un acceso de tristeza al volver de Versalles con algunos de sus colegas de Gabinete. En la estrechura y el ahogamiento de un wagon lleno de fumadores, se hablaba en el tono alegre y familiar que Roumestan llevaba doquiera consigo, de cierto sombrero de terciopelo nacarado que servía de marco á una palidez criolla en la tribuna diplomática, produciendo una diversion muy oportuna contra los aranceles de Aduana, haciendo levantar las narices de todos los padres de la patria como la de los escolares en la clase, cuando palpita una mariposa perdida en lo alto, en medio de un tema griego. ¿Quién era? Nadie lo sabía.

— Preciso será preguntarlo al General, dijo Numa alegremente, volviéndose hácia el Marqués de Espailon de Aubord, ministro de la Guerra, viejo verde.... Bien.... bien.... No os defendais; sólo en vos ha fijado sus miradas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1825 MONTERREY, MEXICO

El General hizo una mueca, que remontó, como movida por un resorte, su amarillenta perilla de viejo macho cabrío hasta la punta de la nariz, y dijo:

—Tiempo hace que las mujeres no me miran.... Ellas no tienen ojos mas que para esos guapos.

La persona que él designaba con este lenguaje soldadesco, particularmente agradable á los militares nobles, era el joven Lappaza, que estaba sentado en un rincón, con la cartera del Ministro en las rodillas, guardando un silencio respetuoso en aquella sociedad de personajes. Roumestan se sintió mordido, sin saber precisamente en dónde, y respondió con vivacidad que, según él, había otras cosas que las mujeres preferían á la juventud de un hombre.

—Sí; ellas os dirán eso.....

—Yo apelo á estos señores.

Todos estos señores eran trastos viejos; sus levitas brillaban sobre sus estómagos protuberantes ó envolvían sus secos esqueletos; unos eran calvos; otros canos; éstos no tenían dientes; aquéllos tenían desordenados los perfiles de la boca por falta de salud, y, sin embargo, ministros ó subsecretarios, todos fueron de la opinión de Roumestan. La discusión se animó, aumentando el estruendo de las ruedas y las vociferaciones del tren parlamentario.

Nuestros ministros se pelean, decían en los coches inmediatos..... Y los periodistas procuraban oír algunas palabras á traves de los compartimentos de los coches.

—El hombre conocido, el del poder, el hombre, gritaba Numa, es lo que les gusta. Y decir que el que está allí delante de ellas, con la cabeza sobre sus rodillas, es un personaje ilustre, todo un poderoso, una de las palancas del mundo, esto es lo que más las conmueve y las satisface.

—¡ Muy bien! Estais en lo cierto.....

—¡ Justamente!

—Pienso como vos, querido colega.

—Sí, ¿eh? pues yo os digo que cuando pertenecía al Estado Mayor y no era más que alférez, y me iba por la tarde, los domingos, con el uniforme de gala y mis veinticinco años, recogía á cada paso miradas de esas con que las mujeres os envuelven como con un latigazo desde la nuca á los talones, miradas de esas que ellas no dirigen á los tres entorchados cuando los lleva un mozo de mi edad..... Así, ahora, cuando quiero sentir el calor, la sinceridad de una de esas miradas, una de esas mudas declaraciones en medio de la calle, ¿sabeis lo que hago?..... Pues hago que me acompañe un ayudante joven, con el bigote retorcido y el uniforme reluciente, y hago que me dé el brazo.....

Roumestan se calló hasta que llegaron á París. Su melancolía de por la mañana volvió á apoderarse de él; pero mezclada con cólera, con indignación contra la ciega estupidez de las mujeres, que pueden perder la cabeza por tontos y presumidos pagados de buenos mozos. ¿Qué hay de raro en ese Lappaza? Veamos.

Sin mezclarse en la conversacion, el joven acariciaba su barba rubia, pareciendo pagado de sí mismo. Su traje era correcto, aunque escotado en demasia. Al verlo tan estirado, daban deseos de estrujarlo. Tal es el aire que debía tomar para cantar el dúo de *Miraille* con la pequeña Bachellery, que de seguro era su querida..... Esta idea lo sublevaba; pero al mismo tiempo hubiera querido saberlo á punto fijo, convenirse.

Apénas estuvieron solos en el coche que los conducía al Ministerio, dijo á Lappaza brutalmente, sin dignarse mirarlo:

—¿ Hace mucho tiempo que conocéis á esas mujeres?

—¿ Qué mujeres, señor Ministro?

—Las Bachellery.

Como absorbían su pensamiento, él creía que todos pensaban en ella como él; pero Lappaza se echó á reír.

¡Oh! sí, hacía mucho tiempo; eran paisanas suyas. La familia Bachellery, las *Folies Bordelaises*, todos aquellos gratos recuerdos de los diez y ocho años.... su corazón de estudiante había palpitado por la mamá, con fuerza capaz de hacer saltar todos los botones del uniforme....

—¿Y hoy palpita por la hija? preguntó Roumestan con tono ligero, restregando el cristal de la portezuela con el guante, para mirar la calle mojada y negruzca.

—¡Oh! la hija.... Ese es otro par de mangas.... Con su airecillo infantil es una señorita muy fría y muy seria.... Yo no sé á lo que aspira; pero debe ser á algo que yo no puedo darle.

Oyendo esto, Numa se tranquilizó.

—¡Ah! ¿de veras?.... Y no obstante la visitais....

—Ciertamente.... Me agrada la manera de vivir de los Bachellery.... El padre, antiguo director, hace coplas cómicas para los cafés cantantes; la madre las canta mientras frie las cepas con aceite y la *bouillabaisse*, como el mismo Roubion no sabe hacerla. Gritos, desórden, mímica, comilonas; en fin, las *Folies Bordelaises* en familia. La pequeña Bachellery es la capitana; ella danza, cena, canta; mas nunca pierde la cabeza.

—¡Ah picarillo! vos contais con que un día ú otro la perderá en provecho vuestro.

Repentinamente el Ministro se puso muy grave y añadió:

—Malas relaciones son ésas para vos, jóven. Hay que ser más serio que eso.... La locura bordelesa no puede durar toda la vida.

Y tomando una mano del jóven, añadió:

—¿No pensais en casaros?

—A fe mía que no, señor Ministro.... Me encuentro así muy bien.... y á ménos de una ganga extraordinaria....

—Ya encontraremos la ganga para vos.... Con nuestro nombre y nuestras relaciones.... ¿Qué os parecería la señorita Le Quesnoy?

A pesar de su audacia, el bordeles palideció de gozo.

—¡Oh, señor Ministro! nunca me hubiera atrevido á....

—¿Y por qué no?.... Sí, sí.... ya sabeis cuánto os amo.... Yo me tendría por feliz viéndoos en mi familia.... me sentiría más completo, más....

Detúvose bruscamente en medio de la frase, que recordaba por haberla dicho ya á Mejean por la mañana.

«¡Ah! tanto peor.... ya está hecho.» Encogióse de hombros y se recostó en el rincón del coche. «Después de todo, Hortensia es libre y escogerá.... y yo habré sacado á este jóven de esas malas relaciones.» Roumestan creía en conciencia que sólo este sentimiento lo inspiraba.